

LIBROS

TRES NOVELAS CORTAS DE 1958

Por Luisa Josefina HERNANDEZ

EL NORTE

EL NORTE de Emilio Carballido, trae reminiscencias de los novelistas modernos italianos, de Pavese, tal vez, seguramente de Moravia. En ellos hemos sabido de esos personajes que sin salir de lo vulgar en su esencia, son tratados con una sutileza, con una finura que parecen resplandecer.

El Norte tiene tres personajes principales que sin faltar a la precisión pueden definirse como una viuda cuzca, un muchacho de barrio y un aventurero de puerto; sin embargo, en lo que leemos no hay nada que pueda resultar lugar común, ni tampoco un enfoque arbitrario que desvirtúe su verdadera personalidad. Hay sólo una excepcional manera de descubrir en diálogos y actitudes sus más secretas emociones.

Nada más alejado de este tratamiento de carácter que el metódico análisis psicológico; todo el libro parece resultado no de una cuidadosa meditación sobre los personajes sino de un certero ejercicio intuitivo que sin perder el hilo de la lógica va desarrollando una historia tremendamente íntima, vivida por sus actores casi sin conciencia de que se vive.

También como en las novelas italianas interviene el ambiente como elemento mágico, tal vez en un tono menor que en esos autores, pero no menos efectivo: la casa de Isabel con los cupidos en los cuadros y las novelas pornográficas dentro de los roperos, el mar que Carballido ve frecuentemente con atributos de mano, de lengua, "de un enorme animal doméstico", están siempre presentes, así como el viento del norte que "más que un viento parecía un estado de ánimo".

Refuerza esta impresión del ambiente un lenguaje intencionadamente prosaico cuyo resultado no es producir en el lector la emoción lírica pura, sino el sentimiento poético que naturalmente surge de las cosas y de las personas.

Luego, los personajes. Aristeo, que a pesar de que se nos ha confesado que ha nacido y crecido en Tepito, nunca se siente como tipo, sino como ese campo de descubrimientos que es un hombre joven. A este respecto es posible recordar a Adán, el personaje de *La veleta oxidada*, la anterior novela corta de Carballido. Adán y Aristeo se asemejan en que viven los sucesos sin analizarlos, hasta que los sucesos con su propia fuerza les traen una lucidez punzante que los lleva al reconocimiento de sí mismos. Al final de las dos novelas parecen gritar los personajes: ¡Me siento, soy yo mismo, el hombre que soy yo!

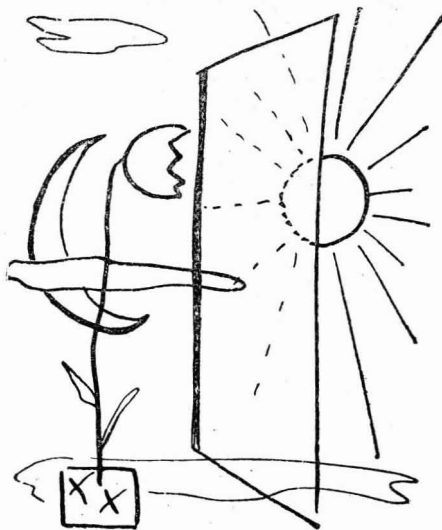
Isabel, la mujer entrada en años que ha pasado sin escandalizarse por las peculiaridades de su vida, se alarma al fin, cuando a través de una golpiza y del definitivo abandono de Aristeo, comprende lo que había de excepcional y de valioso en esa relación amorosa

cuya ridiculez no le había pasado inadvertida.

Sólo Max permanece en el misterio de las pasiones más oscuras. El es el incidente, el destino vestido con una chaqueta de marinero que lleva a los dos personajes anteriores al punto donde el autor quiso colocarlos.

El Norte, como *La veleta oxidada*, son dos viajes del hombre hasta su conciencia, hasta su decisión, hasta el momento donde se pone a prueba la calidad humana.

La novela está dividida en los capítulos que se refieren a lo pasado intercalados con los que hablan de lo presente. La técnica resulta así directa, desprovista de artificio porque el artificio es obvio y salta a la vista. La habilidad máxima consiste en traer a los dos últimos capítulos un contraste marcado por Isabel: en el penúltimo el nombre de Aristeo es un nombre vacío; en el último, pocos días después, este mismo nombre es gritado, aullado y está lleno de significados infinitos.



Para hablar de *El Norte* en su totalidad nos encontramos con diversos problemas y todos ellos tienen que ver con las ideas preconcebidas que se tienen de "lo realista", de "lo poético" y hasta de "lo pornográfico". Lo más sencillo es buscar la función que cada una de estas ideas logra dentro de la novela... Quizá "lo pornográfico" está usado como la clave más inmediata no de la sensualidad sino de la sensación, no de la superficie sino de la profundidad de la psicología de los personajes; "lo realista" probablemente no es la brusquedad de un lenguaje ni la crudeza de una situación, sino una serie de momentos cuidadosamente escogidos para dar la versión más total de una historia y "lo poético" no es sólo la palabra exquisita que describe cosas grandiosas, sino que también puede ser la resonancia que deja en nosotros la verdad de una narración contada con justeza.

POLVOS DE ARROZ

Polvos de arroz, de Sergio Galindo, es una singular mezcla de tiempos, de sentimientos, de sucesos... todo visto, vivido y recordado por Camerina, una mujer obesa de setenta años que piensa y actúa como joven porque posee la vitalidad de los problemas juveniles anidada en un cuerpo que corresponde a su edad.

Esta sensación de incongruencia es la que predomina en el libro a pesar de las fechas y de los datos que el autor va dejando caer como al descuido a lo largo de su narración. Sin embargo, se hace necesario admitir que esto no es sólo un truco para despistar al lector, sino la realidad a que nos conduce el somero análisis psicológico al que está sometido el personaje.

¿Será posible imaginar a una mujer de setenta años clavando los dientes en la almohada para acallar los sollozos de una decepción amorosa? ¿No es esta la descripción convenida para los dolores adolescentes? Pero Camerina llora así porque todas las suspicacias amorosas y la urgencia de las necesidades sexuales han llegado con muchos años de retraso; infancia... lo primero que se nos ocurre es averiguar cómo se las ha arreglado el autor para darnos la impresión de esta infancia y más tarde de esta juventud imposible.

Una versión aceptable es haber observado que todos los personajes que rodean a Camerina están sumergidos en la intensidad de una sola tarea. La vida se estaciona para ella porque es pasiva, porque es dispersa, porque descubre que vive "en el simple acto de extender la mano para tomar el último tulipán del arbusto y mover la rama hacia arriba para contemplarlo mejor". Se comprende que Camerina se convenciera de que vivía con este sólo hecho si se compara su actitud con la de su padre que no admite el presente y que al llegar a la viudez, vuelve el tiempo a su camino opuesto y empieza a recordar y que no se conforma con eso, sino que también recrea el pasado, inventando incidentes y puliéndolos. El padre de Camerina muere sin haber muerto y habla bajo una concentración obstinada de fantasmas.

Augusta, la hermana mayor, la fea, (sólo sabemos que tenía "el cabello lacio y seco") vive con un designio: arrancarle a Camerina el amor de Rodolfo Gris, ese complaciente galán de provicia que se pasa las tardes oyendo las risas inmotivadas de las dos solteras y los recuerdos alucinados del padre viejo. A medias, torpemente, Augusta logra su objeto; durante los meses de un verano excesivo se hace madre de una hija de Rodolfo Gris, pero se queda sin el hombre y exhausta por el esfuerzo. La hija no le interesa como no vuelve a interesarle nada, deja de hablar y de sentir; muere sin abandonar la vida.

Rodolfo Gris, el más vacío de todos, el más indeciso, es el hombre que cifra toda su actividad en fomentar sus relaciones con una familia que sirve de reflejo a todo lo extático y lo inútil que lleva dentro. El también está absorto en la tarea de huir de realidades exigentes para entregarse a situaciones románticas que culminan con la más romántica de todas: su muerte verdadera al caer de un caballo.

Así es posible comprender que Camerina siguiera siendo niña, pensándola rodeada de personas que excluían toda relación viva y como tal, sujeta a las leyes del cambio. Ella rondaba los tulipanes y las latas de leche condensada y en "cierto modo creía que estaba contenta y cuando estás contenta, crees que eres feliz".

Después sucedió que Camerina se desligó de todos, murió Rodolfo Gris, murió su padre y Augusta permaneció en silencio. Con asombro, miró cambiar una ciudad, se fijó en que la criada que había entrado a servirlos de muchacha tenía nietos, que la hija de Augusta se había casado y... creció. A los setenta años se conmovió al espiar a dos hombres medio desnudos, despertó sexualmente y se enamoró.

Hasta aquí tal vez queda todo explicado si se frena la imaginación y no se piensa en una vida que durara siglos, con una madurez a los cien años y un declinar de cincuenta años más. Para eso estaba hecha Camerina y su tragedia podría decirse que no es su vejez ni su obesidad sino la brevedad de la vida humana, que se presenta como la verdadera contradicción.

Esto es justamente lo que coloca la novela de Sergio Galindo en el límite de lo real y la relaciona con lo fantástico. Real es la narración en todos sus detalles, en la objetividad de muchos recuerdos, pero el personaje queda prendido de una esfera que trasciende lo vivido y lo coloca en lo "por vivir".

Polvos de arroz es un libro que nos informa de la vida de una familia, figuran en ella los padres, los hijos y los nietos, todo ello con sensibilidad, con lógica, con técnica, pero su originalidad mayor es que deja planteada la existencia de una generación imposible en el tiempo y sólo imaginable por medio de la más contorsionada fantasía.

EL SOLITARIO ATLANTICO

El solitario Atlántico de Jorge López Páez, abarca un periodo de la vida de un niño, y escrita en primera persona, no tenemos más juicio que nos guíe a través de ella, que el de su protagonista.

Si dijéramos que el tratamiento es adecuado, que en verdad nos revela un mundo infantil, etc., diríamos muy poco: el autor está detrás del niño y es él quien nos ha hablado, la sensibilidad es suya, las vivencias acertadas y conmovedoras son suyas así como también lo es esa premeditación que compone lo que se llama el tema del libro y a la que hay que hacerle justicia.

No frecuentemente dentro de nuestra literatura, pero sí en las de otros países, encontramos al autor que escoje niños o adolescentes como personajes; entre estas novelas hay obras maestras, pero hay otras que pasan por ser buenos libros y en el fondo no son más que la alevosía de un autor que encuentra fácil atribuir a los niños una serie interminable de peculiaridades que por demás nunca resultan imposibles o del todo carentes de verdad, y que al fin nos deslumbra en las últimas páginas con la siguiente declaración: Ahora sí ya todo va a ser común y corriente, ya le hizo crisis la edad de la punzada...

El solitario Atlántico nada tiene que ver con esto. El primer lugar no es el paso de una etapa fisiológica a otra, en



segundo no es sólo la descripción de un carácter, sino la cuidadosa narración de un incidente que produce en el niño una consecuencia: el dolor.

El libro viene a ser la historia de la traición inconsciente y vagamente maliciosa de este niño Andrés, a su madre y a su hogar. Andrés inicia una amistad con la amante de su padre, la admira, frecuenta su casa, se deja divertir y mimar por ella, observando de reojo cambios de actitud en su padre y en su hermano pero sin caer en la cuenta de lo que ha hecho hasta que una compañera de juegos, le grita, llena de rabia, que él es un alcahuete.

Andrés que vive del miedo, que no quiere hablar del miedo porque le da miedo, no encuentra otra salida que sumergirse "como destino" en el solitario atlántico de su apartamento, de sus sueños de barcos, de mástiles, de velas, que serán en lo futuro no sólo el desahogo de imaginación sino una barrera infranqueable para separarse de los que le reprochan su pecado de distracción, de aturdimiento, de infantilismo dentro de la infancia. Ese solitario atlántico no es más que una negación, entendida como castigo, a vivir la realidad; la pérdida definitiva en un acéano como podría ser entrar en una cárcel o ser ejecutado.

El libro, por otra parte, goza de un ambiente privilegiado: están las fantasías de los barcos con las de los infiernos y los cielos, las del miedo con las de la victoria sobre el miedo, todas cercadas por una cadena de juegos que son fuente de infinitos placeres, abrir roperos viejos y ajenos, hacer diques de lodo, alzar cometas... Además intervienen con fuerza propia los pájaros, las plantas, los insectos hasta que empieza a palpar activamente un mundo de provincia con sus minucias, sus bellezas y sus absurdos.

Muy hermosa entre otras la escena del último capítulo en que Andrés y otros muchachos levantan las cometas y éstas empiezan a actuar como si tuvieran características propias, a ser altaneras, torpes, agresivas...

El solitario Atlántico está escrito en diez capítulos, con un lenguaje de fra-



ses cortas que a veces se llena de emociones que superan las palabras que las expresan: "Ellas eran las que habían estado más cerca de mí, ellas eran Martha y Araceli, ellas eran Araceli y Martha, ellas eran las amigas de Ana Luisa, ellas eran ellas. Ellas solamente eran ellas, las ellas de ellas, las únicas ellas."

Entre estos capítulos por lo general bien estructurados, sobresale el tercero, por la habilidad de su forma. Andrés nos cuenta su viaje a Veracruz y empieza describiéndonos el estado de ánimo de una muchacha, Ana Luisa, al regreso de dicho viaje. Luego, inocentemente, nos informa de los detalles lóbregos de su estancia y finalmente, con la misma inocencia, nos dice el motivo que tuvo Ana Luisa para enojarse con él cuando en el comedor, delante de todos y queriendo ocultar los fracasos del viaje, cuenta alegremente lo mucho que ella y él se divertieron y cómo fue que ella, excitada por los hombres del puerto, terminó haciéndole objeto a él de sus desatinadas caricias.

Este es el principio de su estado de traidor y aquí empiezan a fraguarse la soledad y la angustia que lo llevan a la traición mayor que es el tema del libro; lo curioso, lo extraordinario, es que dicho tema es indudablemente el tema de un libro con personajes adultos y le presta a *El solitario Atlántico* una calidad especial que logra levantar la narración por encima de las de su especie.

RUIZ DE ALARCÓN, *Comedias escogidas I y II*. Nuestros Clásicos. Imprenta Universitaria. México, 1958. 352 y 247 pp.

Con prólogo y notas bibliográficas de Agustín Millares Carlo, cuatro obras de Ruiz de Alarcón: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa*, en el tomo I; *Ganar amigos* y *La prueba de las promesas*, en el II. El prólogo incluye un breve esbozo biográfico y da cuenta justa y exacta de las peculiaridades de Ruiz de Alarcón como dramaturgo —penetración psicológica, intención moralista, crítica de costumbres— peculiaridades que lo separan de los demás autores del Siglo de Oro y le dan calidad de figura señera, dentro de él. Tanto la edición, como el prólogo y las notas, ejemplifican un trabajo editorial serio y cuidadoso.

J. O.

M. SCRIBEN, J. T. DAVIES, E. J. ÖPIK, G. J. WHITROW, R. SCHLEGEL, B. ABRA-MENKO, *La edad del universo*. Problemas científicos, II. Dirección general de publicaciones, UNAM, 1958, 130 pp.

El lector más a-científico —aun aquel que odia todo lo pragmático, lo técnico, lo tecnológico, lo experimental, lo racional, lo positivo— puede sacar provecho y dar hondo placer a su propia, estimada o subestimada, concepción de la realidad cultural, leyendo estos trabajos (contribución a la especulación de la cosmogonía —"mito racionalizado"—) limpiamente traducidos por Daisy Learn. Dará gusto a aquellos que se sienten hartos de nuestra tecni-atomizada civilización leer palabras tan nostálgicas como estas del Dr. Scriben (USA) —en su trabajo premiado por "The British Journal for the Philosophy of Science"—: *Lo úni-*